

En esta época cada uno de los soberanos principales de Europa era bastante distinguido por sus talentos y cualidades personales, y esto fué lo que mantuvo su independencia recíproca. En España, Nápoles, Sicilia y Cerdeña reinaba Carlos, y también en los Países-Bajos. En Francia ocupaba el trono Francisco I, que desde su juventud se había distinguido como gran guerrero, y había triunfado en Italia; tenía el poder que Luis XI había adquirido á la corona, y era digno rival de Carlos. En Inglaterra reinaba Enrique VIII, que á su advenimiento al trono había encontrado un gran tesoro y un poderoso ejército, obra de la prudencia y economía de su padre Enrique VII, y á quien veremos tomar parte en todos los sucesos y guerras de su tiempo, sin comprometer jamas sus estados. La silla pontificia estaba ocupada por Leon X, el ilustre protector de las letras y de las bellas artes. Los estados de Italia, sin la fuerza propia que en otros tiempos les había hecho conservar su independencia, pero con su riqueza, sus obras magníficas, su clima hermoso y su influencia en la política, eran el objeto de las guerras que les aislaban.

En estas circunstancias la muerte de Maximiliano, emperador de Alemania, dejó un gran lugar que ocupar, y al momento los reyes fueron pretendientes. Si el derecho hereditario hubiera fijado la sucesion, Carlos era nieto de Maximiliano por línea de varón; pero esto no decidió la cuestion: así fué que Carlos, Francisco I y Enrique solicitaron la corona imperial: el último, sin embargo, sea que no hubiese pretendido, sino para manifestarse igual á los reyes de España y Francia, ó que conociese que eran en vano sus esfuerzos, desistió muy pronto ó no insistió en la solicitud: así fué que quedaron Carlos y Francisco como dos rivales igualmente poderosos: el pontífice, que tenía el poder de ambos, sugería á los electores nombrasen á un príncipe de su seno; lo que les halagaba, así porque les abría una puerta de esperanzas, como porque ellos mismos tenían, colocado la corona sobre una cabeza demasiado poderosa ya, darse un señor que los oprimiera en vez de un gefe que los dirigiera.

Después de largos debates y de que los soberanos contendientes habían apurado todas las intrigas y medios de seducción, pues se cuenta que, desconociéndose el uso de las letras de cambio, los embajadores de Francisco I á los príncipes alemanes, caminaban con un convoy de mulas cargadas de dinero, la opinion del pontífice triunfó y fué electo al imperio el elector de Sajonia, Federico, llamado no sin mérito el Sabio: mas éste, sea porque temiese ocupar una prision en vez de un trono, pues las tropas de Austria amenazaban á Francfort, ó por alguna

otra causa, rehusó firmemente la corona, y recomendó para ella á Carlos, observando que el imperio necesitaba ante todas cosas quien le defendiera de la invasion de los turcos que se amenazaba, y que nadie era mas á propósito que Carlos para contenerlos, así por la posición de sus estados patrimoniales de Austria, como por su grande poder y las riquezas que se esperaba del nuevo mundo, y aun se tuvo presente pertenecer á la confederacion Germánica y ser aquella su lengua natal. La fuerza de estas razones, ó la autoridad del duque de Sajonia, las hicieron triunfar, y Carlos obtuvo la corona.

La noticia de la eleccion disgustó á Francisco, que aunque había dicho antes: "Cortejamos á la misma novia: cuando alguno la obtenga, el otro debe permanecer en paz;" no olvidó el triunfo de su rival. Pero á quienes causó mayor desazon fué á los españoles, que á su poco afecto al rey agregaron ahora la perspectiva de que en lo sucesivo estaria continuamente ausente de España, y ésta prodigaria su sangre y sus tesoros para sostener guerras extranjeras que no le interesaban.

En tal estado, Carlos y Francisco, los dos primeros reyes de la cristiandad, tenían multiplicados motivos de rivalidad. Francisco pedía la restitucion de la Navarra española, y renovaba sus pretensiones sobre Nápoles, y tomaba contra el emperador el partido de su vasallo Roberto de la Mark. Carlos por su parte pretendía el ducado de Milan como feudo del imperio, y el de Borgoña como tocándole por derecho de herencia por su abuela. La guerra no era dudosa, y ambos procuraron atraerse aliados. Entre los que mas se deseaban para esta calidad era Enrique, rey de Inglaterra.

Francisco le invitó á una entrevista, que se verificó en Francia en un lugar que se llamó el Paño de Oro, atendida la magnificencia que ambas cortes desplegaron en aquella reunion. Sobre la tienda del monarca inglés se veía pintado un archero inglés con este mote: "Al que yo favorezco, triunfa." Y los reyes de Francia é Inglaterra se separaron con las mayores señales de armonía: después de haber pasado algunos dias en toda clase de diversiones; después de dejar esta escena de disipacion, el rey de Inglaterra hizo una visita al emperador en Grave-lines y le invitó á venir con él á Calais, lo que Carlos aceptó, dando así á Enrique una prueba de confianza que le cautivó totalmente: además de la influencia directa que procuró adquirir sobre éste, la ganó tambien sobre Wolsey, cardinal ministro de Inglaterra, y la primera persona en el consejo del soberano: este prelado no tenía ya otra cosa que ambicionar mas que el pontificado, y Carlos le ofreció de nuevo protegerle en la primera vacante para que lo

obtuviese: después le concedió ricas rentas, y así le ganó enteramente á su partido.

Entonces Carlos marchó á Aix-la-Chapelle, donde fué coronado solemnemente con el cetro y corona de Carlo-Magna; y casi al mismo tiempo ocupaba el trono del imperio otomano, Soliman el Magnífico, uno de los príncipes mas distinguidos, y un rival formidable en la guerra para el emperador.

El primer acto de la autoridad que ejerció el emperador, fué la reunion de la dieta de Worms, donde compareció Lutero bajo un salvo conducto, espuso y defendió sus nuevas opiniones religiosas, y pidió se le convenciese con la Escritura de su falsedad: la dieta al fin le mandó que las retractase; pero negándose á ello, se le permitió retirarse en virtud del salvo conducto que tenía, y algunos dias después el emperador espidió un edicto contra él, mandando á los príncipes del imperio no le diesen asilo, y antes bien le prendiesen y entregasen á la autoridad imperial. Mas otras cosas distraían al emperador de perseguir á Lutero, protegido de Federico, duque de Sajonia, á quien Carlos debía el imperio.

Las causas de descontento entre los españoles habían producido una rebelion abierta, y las tropas que defendían la frontera se empleaban ahora en la guerra civil; por lo que pareció á Francisco una ocasion excelente para recobrar la Navarra. Un ejército francés al mando de Andrés de Foix, la conquistó prontamente; pero no habiéndose contenido en los límites de ella, sino avanzándose al territorio de Castilla, los españoles se unieron y recobraron la Navarra y el país castellano, mas pronto todavía que lo que lo habían perdido. Las hostilidades entre los reyes rivales pronto crecieron. El rey de Francia alentó al duque de Bullon á hacer la guerra al emperador, invadiendo el Luxemburgo, y Carlos después de humillar al duque, intentó entrar en Francia; mas fué repellido por el famoso Boyardo, que se llamó el Caballero sin mancha y sin miedo. Francisco hizo una expedicion á los Países-Bajos; mas perdió una oportunidad de destrozar el ejército imperial, y empezó á disgustar al condestable de Borbon, uno de los generales mas hábiles y de los nobles mas distinguidos de Francia, por haber dado el mando de la vanguardia al duque de Menson.

Mientras estas operaciones en el campo, se concluía una liga entre el emperador, el pontífice y el rey de Inglaterra contra la Francia, y los franceses perdían terreno en Italia. La insolencia y esacciones de Lautrec, gobernador francés en Milan, habían conciliado á los franceses el odio de los ciudadanos. Resolvieron espelar las tropas de esta nacion, y ponerse bajo el gobierno de Francisco Sforza, hermano

del último duque. Fueron ayudados por el papa, que escogió á Lautrec, y tomó á su sueldo un cuerpo de tropas suizas considerable. El ejército pontifical, mandado por Próspero Colonna, general experimentado, se aumentó con los refuerzos de Alemania y Nápoles; mientras Lautrec, olvidado por su corte, veía desertar de sus banderas los suizos, y era incapaz de hacerle frente. La ciudad de Milan fué entregada por los habitantes á los confederados: Parma y Plasencia se unieron al estado eclesiástico, y de las conquistas de los franceses en Lombardia, solo Cremona, el castillo de Milan y algunos fuertes de poca consideracion quedaron en su poder.

El pontífice Leon recibió las noticias de estas victorias con tan escasa alegría, que algunos dicen que murió de la conmocion que le causaron. Como quiera que fuese, la muerte de Leon debilitó la confederacion, los suizos fueron llamados á su país, y solo quedaron débiles fuerzas españolas y alemanas para defender el Milanesado; Lautrec, sin embargo, no tuvo los medios necesarios para aprovecharse, y todos sus esfuerzos se estrellaron contra la vigilancia y actividad de Colonna y sus aliados.

Entre tanto se reunían los cardenales para la nueva eleccion de pontífice, y había una gran discordia en el cónclave; el nombre de Wolsey apenas se mencionaba, á pesar de las grandes promesas del emperador, y fué al fin electo Adriano de Utrecht, el ayo de Carlos, y que era entonces virey de España, por ausencia de éste. Francisco, alarmado al ver esta nueva prueba del poder del emperador, hizo un esfuerzo para arrancarle las nuevas conquistas de Lombardia, y al efecto auxilió á Lautrec, que tomó al pronto la ofensiva; pero todo no tuvo otro efecto que perder la batalla de Bicoqa, y espelar á los franceses de Italia, que solo conservaron en ella la fortaleza de Cremona.

Al mismo tiempo Enrique de Inglaterra declaró la guerra á Francia; mas Francisco sin abatirse, reunió sus fuerzas para hacer frente á todos. El emperador hizo otra visita al monarca inglés, en la que no solo consolidó su amistad, sino que contentó á Wolsey, prometiéndole el pontificado para la muerte de Adriano, que no se creía lejána, atendidas sus enfermedades y su edad. En consecuencia de estas negociaciones, el ejército inglés invadió á Francia al mando del conde de Surry; pero tuvo que retirarse después de algun tiempo, disminuido, y sin haber podido ocupar una sola plaza en aquel reino.

Mientras los príncipes cristianos luchaban así, Soliman el Magnífico entró en Hungría y se apoderó de Belgrado, y como se contaba como la barrera contra el poder de los turcos. Vol-



vió entonces sus armas contra la isla de Rodas, donde estaban los caballeros de S. Juan de Jerusalén: estos últimos restos de la caballería de las Cruzadas se defendieron con un valor digno de su antigua gloria é insustinto; pero abandonados de toda la Europa, al fin de seis meses de paciencia y de proezas militares, tuvieron que evacuar la isla por medio de una capitulación honrosa, que el mismo Soltman, admirado de su firmeza, les concedió, y entonces Carlos y Francisco se avergonzaron de no haberles prestado el menor socorro: el primero, como una especie de reparación, dió á los caballeros la isla de Malta.

El pontífice entonces revisándose de la imparcialidad que correspondía al jefe de la cristiandad, instó para que se celebrase una tregua de tres años, y se reuniesen las armas cristianas contra los turcos; pero aunque se llegaron á reunir en Roma los embajadores nombrados para este arreglo, mientras ellos perdían el tiempo en contestaciones inútiles, sus soberanos se preparaban á la guerra de nuevo. El emperador logró atravesar á todos los aliados de Francisco, y éste quedó solo ante la coalición de casi toda la Europa. No solo no se desalentó, sino que ni aun quiso conservarse á la defensiva, y con su ejército que estuvo pronto, antes que el de los aliados, pretendió lanzarse á Italia y dar allí un golpe, que habría desconcertado los esfuerzos de la coalición; pero un incidente dramático trastornó la ejecución de este plan.

Carlos, duque de Borbon y gran condestable de Francia, era un general de grandes talentos y el sábdito mas poderoso del rey de Francia: antiguos resentimientos entre él y la casa reinante, fueron agriándose con el tiempo, y se dice, que habiéndose negado á un matrimonio con la duquesa de Angulema, madre de Francisco, ésta ofendida le suscitó un pleito en que fué despojado de los estados que poseía por su familia, y el duque resentido entró en correspondencia con el emperador y el rey de Inglaterra, ofreciéndoles, para cuando hubiese partido Francisco, levantar una insurrección entre sus vasallos é introducir tropas extranjeras en Francia. Francisco tuvo á tiempo noticia de esto, y aunque el duque de Borbon se escapó y pasó al servicio del emperador, el monarca francés temiendo que la conspiración estuviese muy ramificada, no se atrevió á ausentarse del reino.

Pero no por esto abandonó el designio de invadir á Milan, y mandó á Bonivet con 30.000 hombres; estas fuerzas se habrían posesionado del ducado, y acaso habrían hecho otras cosas de mayor importancia, si su jefe, empleándose en frívolas empresas no hubiese dejado á los imperiales tiempo de rehacerse. Colonna habia muerto, y Lannoy, virrey de Nápoles, le habia

sucedido en el mando; pero quienes verdaderamente dirigían la campaña, eran el marqués de Pescara y el duque de Borbon, los dos primeros generales de su siglo. Bonivet no pudo afrontarlos, y al fin se vió precisado á una retirada en la que perdió la batalla de Biagrasa, campaña oscura, ilustrada solo por la muerte de Bayardo. Este, que por su honor puntilloso no obtenía el favor de la corte, era sin embargo el hombre de quien se echaba mano en los lances comprometidos. Herido Bonivet, Bayardo quedó mandando la retirada. Combatiendo en el puesto mas peligroso, para salvar el ejército, fué herido mortalmente, y entonces se mandó bajar del caballo y colocar contra un árbol con el rostro vuelto al enemigo, y allí esperó la muerte: al acercarse los imperiales, Borbon le reconoció y le manifestó su sentimiento por la situación en que le encontraba. "No me compadezcáis, exclamó Bayardo; muero como un hombre de honor, defendiendo mi patria y cumpliendo con mi deber; compadeced á los que combaten contra su rey, su nación y sus juramentos." A poco espiró.

Las armas francesas fueron mas felices para rechazar á los aliados de las fronteras de Francia, y el rey animado con estos buenos sucesos, volvió á su idea de invadir á Milan. Su expedición en éste triunfaba, ocupó la capital, y las tropas del emperador se retiraron; mas Francisco en vez de perseguirlas, se empeñó en sitiar á Pavia, y dijo que la tomaría ó perecería en la empresa. Dentro de ella se hallaba Antonio de Leiva, uno de los mejores jefes españoles, y sostuvo el sitio, llegando á grandes apuros. Entre tanto, Borbon y Pescara avanzaban con un ejército á socorrer la ciudad, y aunque al presentarse ellos, los mejores generales de Francisco opinaron por la retirada, él no quiso levantar el sitio: la batalla se dió; y aunque al principio la victoria se inclinaba á los franceses, estos despues fueron enteramente derrotados, y Francisco despues de combatir valientemente algun tiempo y ver caer á su lado muchos nobles caballeros de su corte, entregó su espada á Lannoy, y quedó prisionero.

En estas circunstancias fué cuando Francisco escribió á la reina su madre la célebre carta "todo se ha perdido, menos el honor." Las potencias de Europa vieron ahora con temores el gran poder de Carlos, y aun los mas decididos de sus aliados se interesaron por Francisco: éste fué conducido á España, no muy bien tratado en la prision, y solo se le ofreció la libertad con condiciones muy duras. Se cuenta, que tomando una vez un cuchillo, lo dirigió contra su pecho, y exclamó: "Mas le valiera á un rey morir de esta manera." Al fin se vió acometido de una fiebre, y Carlos entonces le visitó, y le alentó

en las esperanzas de libertad; lo que contribuyó mucho á su restablecimiento. Esta, sin embargo, se difería de día en día, y Francisco perdiendo las esperanzas de ella, pensó en resignar la corona de Francia en su hijo mayor el Delfín: Carlos temió á su vez que si tal cosa se realizaba perdería toda la ventaja que ahora esperaba sacar de las circunstancias, y se apresuró á concluir un tratado con el monarca prisionero, cuyos principales artículos eran, que éste renunciaria todas sus pretensiones sobre la Italia, á la soberanía de Flandes y de Artois; que entregaría á Carlos la Borgoña, y daría á sus dos hijos mayores por rehenes del tratado.

Bajo este arreglo fué puesto en libertad; mas aun antes de hacerlo, ya habia protestado que era arrancado por la violencia, y cuando se vió libre, dijo que estaba pronto á cumplir lo que tocaba á él personalmente; pero que lo que tocaba al reino, éste solo era quien debía otorgarlo: tal era la entrega de la Borgoña, cuyos diputados reunidos declararon que la voluntad del rey no podia sujetar su país á la dominación extranjera. Entonces conoció el gabinete del emperador que habia sido burlado, y vió formar contra él una liga, que se llamó santa, por hallarse el papa á su cabeza. La corte de Inglaterra habia perdido sus buenas disposiciones hacia Carlos, ya porque Enrique estaba alarmado por el poder del emperador, ya porque estaba ofendido porque no le manifestaba el mismo respeto que antes; y ya, en fin, porque en una nueva vacante de pontífice no habia sido colocado el cardenal Wolsey. Los pretestos de esta liga eran obligar al emperador á poner en libertad, por un rescate racional, á los hijos de Francisco, que conservaba en rehenes, y restablecer á Sforzia en quieta posesion del ducado de Milan.

Los reyes de Francia é Inglaterra no se mostraron, sin embargo, muy prontos á obrar en la coalición, y Borbon á la cabeza de las tropas imperiales conquistó prontamente el ducado de Milan, cuya investidura se le habia prometido, y comenzando sus tropas á amotinarse por falta de pagas, no teniendo él dinero con que satisficieras, los prometió conducirlos á Roma y entregarles esta ciudad al saqueo: les cumplió su oferta: la antigua capital fué tomada por asalto y entregada á los excesos de una soldadesca desenfrenada, y se dice que jamas padeció tanto aquella ciudad, ni aun cuando fué tomada por los bárbaros. Borbon habia muerto en el asalto. El papa se vió obligado á encerrarse en el castillo de San Angel, y despues á reducirse, y su dignidad no le libró de ser condenado á una estrecha prision, de donde no salió sino pagando considerable rescate, y entregando al emperador todas las plazas fuertes que poseía la silla apostólica. Carlos entretanto hacia rogati-

vas en España por la libertad del Santo Padre.

Los reyes de Francia é Inglaterra se interesaban mas sinceramente por su aliado, aunque el último al fin solo contribuyó con dinero para la guerra. Una expedición que se dirigió á los Países-Bajos, se dirigió á Italia, y Lautrec á la cabeza de un ejército obtuvo algunas ventajas sobre los imperiales; pero la muerte de este jefe y el haber pasado del partido frances al del emperador, Andrés Doria, almirante genoves y el mejor marino de su siglo, dió la superioridad á los imperiales, y derrotados los franceses delante de Nápoles, Francisco empezó á pensar en la paz, desalentado con tantos reverses. Margarita de Austria, tia de Carlos, y Luisa de Angulema, madre de Francisco, se reunieron en Cambray, y estas dos princesas arreglaron la paz, fijando el rescate de los principes franceses, prescindiendo Carlos de sus pretensiones á la Borgoña, y Francisco de las suyas á Italia, Flandes y el Artois. Carlos habia tenido la fortuna á este tiempo de calmar en España la guerra civil de los comunes. Poco despues que se embarcó para los Países-Bajos, una insurrección estalló en España. Los ciudadanos de Toledo atacaron la ciudadela y obligaron al gobernador á rendirse: establecieron un gobierno compuesto de diputados de las parroquias, levantaron tropas y escogieron por jefe á Juan de Padilla, jóven de recomendables prendas. Sevilla, Burgos, Zamora y otras ciudades principales imitaron este ejemplo.

Adriano, regente del reino, adoptó el partido de enviar á Ronquillo, alcalde real, con un cuerpo de tropas considerable á atacar á Segovia: ésta se defendió, y estando sitiada vino á su defensa Padilla con un destacamento fuerte; derrotó á Ronquillo y libró á Segovia.

Adriano entonces ordenó á Fonseca, comandante de las tropas de Castilla, situar en forma á Segovia: el efecto, este jefe hizo sacar de Medina del Campo un tren de artillería, reunido allí por el cardenal Jimenez, y resistiéndolo los habitantes para que no se emplease contra sus compatriotas, fué necesario atacarlos, y algunas casas de la ciudad fueron incendiadas, cambiando el fuego despues á gran parte de ella. Cuando esto se supo en Valladolid, donde residia Adriano, el pueblo se sublevó, quemó la casa de Fonseca, y se unió á los rebeldes.

Los sublevados tuvieron en Avila una junta general, donde concurren diputados de todas las ciudades, tomaron el nombre de santa liga, y juraron defender sus privilegios. Al mismo tiempo Padilla daba legitimidad á sus providencias, apoderándose de la persona de la reina Juana, y gobernando en su nombre y bajo su autoridad. Y requiriendo á Adriano para que entregase los sellos del reino, y se des-



prendiese de la regencia. Carlos á la noticia de todo, mandó ofrecer perdon general y dió medidas conciliatorias, y al mismo tiempo estimuló á los nobles á la defensa del reino, y agregó á Adriano, en calidad de regentes, al grande almirante y al condestable de Castilla.

La liga dirigió al rey una serie de peticiones, ya para restringir el poder real, ya para escalar al pueblo, y finalmente, para acortar las prerrogativas de la nobleza. Esta que hasta entonces habia protegido la liga, la temió cuando se vió atacada, y quiso humillarse ante el sólo mas bien que ante la democracia; favoreció, pues, la causa del soberano. Los ánimos se acabaron de indisponer porque los diputados de los comunes volvieron de Alemania sin haber podido hablar al rey, y creyendo que esta comision hubiera podido costarles la vida.

Veinte mil hombres fueron levantados por la liga; pero en lugar de D. Juan de Padilla fué nombrado gefe D. Pedro Giron, hijo del conde de Urueña, y que por un resentimiento personal estaba en las filas del pueblo. Al frente del ejército realista estaba el conde de Haro, hombre de grandes talentos militares, que hizo una campaña feliz para él, en que se apoderó de la persona de la reina, derrotando un regimiento de clérigos, encargado de cuidar á Tordesillas.

Entonces se restituyó el mando á Padilla, lo que rianó mucho al partido popular, y se aprestaron á la lucha nuevamente. Carceñ de dinero, y Doña María Pacheco, muger de Padilla, se apoderó de los ricos ornamentos de las iglesias, yendo en procesion en union de otras muchas señoras, é implorando devotamente el perdon de los santos cuyos altares iban á despojar para defender la libertad nacional. Los regentes apurados por dinero tambien, vendieron las joyas de la reina, la plata de la nobleza, y obtuvieron un auxilio, aunque corto, de Portugal.

La campaña se abrió de nuevo; pero concluyó infelizmente para los comunes. Padilla se vió obligado á aceptar la batalla que le presentó el conde de Haro en un terreno desventajoso para el primero, y después de grandes actos de valor, el gefe popular cayó vivo en manos de los realistas, que le condenaron á muerte, sin otro juicio ni procedimiento. Subió al cadalso con la conviction de la justicia de la causa que habia defendido, y entregó su cabeza al verdugo con la firmeza de un héroe y la resignacion de un cristiano.

Todas las ciudades se sometieron, excepto Toledo, donde la esposa de Padilla continuó defendiéndose. Fortificaba el entusiasmo del pueblo paseando por las calles á su hijo enlutado, llevando delante un estandarte en que estaba pintado el suplicio de su padre, y dando á sus tropas crucifijos en lugar de banderas. Seis me-

ses se sostuvo en la ciudad, y conociendo que el clero, cuyos bienes habia tomado, le disminuía el prestigio público, se encerró con sus mas adictos en la ciudadela: allí se defendió aun por cuatro meses, y al fin logró escaparse disfrazada, y retirarse á Portugal. El nombre de esta muger es glorioso en la historia.

Estinguida así la insurreccion en Castilla, marchó el ejército de los regentes á Valencia, donde el pueblo, mas animado aún contra los nobles, habia cometido mayores excesos y obtenido sobre ellos algunas ventajas; pero cuando fué atacado por las fuerzas combinadas del rey y la nobleza, sucumbió, y sus gefes mas felices murieron en el campo de batalla: los desgraciados mancharon con su sangre la inoble cuchilla del verdugo.

Establecido Carlos sólidamente en el poder en Italia, los Países-Bajos y la península, los negocios de Alemania ocuparon su atencion.

La confederacion Germánica estaba turbada entonces por un enemigo interior, y amenazada por otro esterior. Era el primero la diversidad de opiniones producida por la reforma de Lutero, que habia dividido á los principes alemanes en dos partidos poderosos: el uno que era el católico ó romano, y el otro el que habiendo abrazado las nuevas doctrinas, habia tomado el nombre de protestante, por haber protestado sus principales miembros contra las medidas tomadas por el emperador en una dieta. Era el enemigo esterior, Soliman, que amenazaba con todo su poder entrar en Ungría, y poner al imperio en grave peligro. Carlos, á quien para este evento importaba mantener acorde la confederacion germánica, aunque empezó por dictar medidas de rigor contra los protestantes, concluyó por transigir con ellos, concediéndoles libertad para arrojarse en sus estados los puntos religiosos, interin se reunia un concilio general que el pontífice habia prometido.

Apenas se arregló este punto, cuando tuvo Carlos noticia de que Soliman habia entrado en Ungría al frente de 250,000 hombres. El ejército cristiano apenas se componia de 100,000 hombres, y Carlos en persona se puso á su cabeza, primera vez que mandaba así sus tropas: aunque la espectacion de toda Europa era viva al ver así frente á frente á sus dos mayores monarcas, el evento no correspondió á ella, y después de haberse afrontado las divisiones de los ejércitos, y haber desplegado los dos soberanos mucha habilidad y grandes cualidades, la campaña concluyó sin ningun suces notable, y Soliman, viendo imposible adquirir ventaja alguna sobre los cristianos, se volvió á Constantino-pla. Carlos, libre de la invasion, regresó á España.

La ausencia del emperador dió rienda suelta á las sectas suscitadas en Alemania por el fanatismo religioso: entre ellas estaba la de los anabaptistas: sostenian estos que el bautismo debía conferirse á los adultos, y proclamaban, que á los que tenian los preceptos del Evangelio para dirigirlos, y el espíritu de Dios para guiarlos, era inútil el oficio de los magistrados seculares, que consideraban como un ataque á la libertad espiritual: proclamaban la comunidad de bienes y la pluralidad de mugeres. Los rústicos de los campos, no pudieron desoir un llamamiento que sancionaba con la santidad de la religion, todos los placeres de los sentidos, y el fin de la sujecion en que vivian, ofreciéndoles á un tiempo riquezas, placeres y libertad: así que, se reunieron en multitud, y mas bien que una guerra religiosa, emprendieron una campaña contra el órden social.

Convocaron á todos sus hermanos de otros países, á venir á defender el Monte-Sion (así llamaban á Munster), y se entregaron á toda especie de desórdenes. Mas atacados por tropas regulares aun de los mismos principes protestantes, después de una lucha sangrienta, sucumbieron, y sus gefes murieron en el cadalso, entre crueles tormentos, manifestando la constancia de los mártires, digna de mejor causa.

Carlos por este tiempo se ocupaba en una expedicion contra los piratas de África. Barbaroja habia sucedido á su hermano en el reino de Alger; habia arreglado su gobierno interior, y dado vigor á sus expediciones de piratería. Para asegurarse mas, habia puesto sus estados bajo la proteccion de Soliman, y éste le habia conferido el mando de la marina otomana. Envanecido con su poder, hizo continuos desembarcos y devastaciones en las costas de España é Italia, y los mares eran del todo inseguros para los bajeles cristianos. Toda la cristiandad fijaba los ojos sobre Carlos para buscar remedio á esta nueva especie de opresion. Al mismo tiempo, Muley-Hasen, rey destronado de Tunes, no encontrando en Africa príncipe que le auxiliase, habia pedido apoyo al emperador, quien por estas causas y ansioso de gloria, dió la vela á Tunes con un armamento considerable.

La Goleta, fortaleza situada en una isla, que era la llave de Tunes y guarnecida con 300 cañones, fué tomada por Carlos con toda la escuadra de Barbaroja, que fué derrotado en una batalla. Diez mil esclavos cristianos que habia en la ciudad, rompieron sus cadenas, se apoderaron de la ciudadela, y Tunes se rindió, las tropas entraron al saqueo y á la matanza, aunque el emperador pretendia evitarlo, y Muley-Hasen fué reinstalado en su trono, como dependiente de los reyes de España; pero Barbaroja, que habia reclutado nuevas fuerzas, pronto volvió á ser el terror de los mares.

El rey de Francia se aprovechó de la ausencia de Carlos para renovar sus pretensiones sobre Milan. Después de grandes esfuerzos para formar alianzas, la mayor parte sin fruto, se determinó de nuevo á la guerra. Hizo marchar su ejército á la frontera de Italia, bajo el pretexto de castigar una violacion del derecho de gentes, por haber dado muerte á un embajador. Las operaciones de la guerra pronto tomaron nueva direccion: Francisco se apoderó de Saboya y del Piamonte, lo que no impidió á Carlos intentar una empresa sobre el Mediodia de la Francia: mas las tropas francesas se retiraban sin aventurar combate, asolando su propio país delante de ellas, inutilizando hasta los pozos, y haciendo padecer de este modo inmensos males á los ejércitos del emperador, que se creian avanzando en triunfo: al fin, estos se vieron precisados á retirarse prontamente, y esta retirada, en la que constantemente fueron molestados por la tropas ligeras de Francia, pareció mas bien una huida, y la expedicion fué ruinosa para el emperador.

Ambos monarcas se injuriaron atrocemente, y se dieron los nombres mas insultantes, hasta atribuir á Carlos y á sus generales la muerte del deflin de Francia, que murió por esta época, y se dijo que habia sido envenenado: un tribunal francés citó á Carlos para responder por sus delitos, y no compareciendo, en rebeldía le condenó á perder los condados de Flandes y de Artois. Francisco marchaba á los Países-Bajos, como si hubiera querido apoderarse de ambos estados; pero las reinas de Francia y Ungría negociaron una suspension de armas, que al fin paró en una tregua obtenida en Niza por la mediacion del papa, y una conferencia entre su Santidad y los dos monarcas.

Una de las causas por parte del emperador para concluir la tregua, habia sido, quedar espedito para la guerra contra los turcos: esta causa entónces en dos puntos. 1.º La Ungría: por un convenio entre Fernando y Juan Zapolá, éste muriendo sin hijos, debía dejar al primero su parte, que era la mitad de la Ungría; mas pocos días antes de su muerte le nació un hijo que nombró su heredero. Soliman, en calidad de protector, se apoderó del niño, y después de una victoria sobre los alemanes, Buda, capital de Ungría y casi todo el país, cayó en su poder. 2.º Las regiones ocupadas por los piratas berberiscos, y particularmente Alger. Carlos preparó un gran armamento contra estos; pero á pesar de ser contraria la estacion, y de los consejos repetidos de sus mas hábiles gefes, entre ellos Andrés Doria, se lanzó al mar cuando se le pronosticaba que la estacion seria contraria.

Las previsiones de los marinos fueron proféticas, y una tempestad que sobrevino al desembarcar, dispersó y aniquiló la escuadra y dejó



espuesta á sus rigores en la costa inhospitallería de África y sin abrigo ninguno, á la tropa que ya había desembarcado Carlos. Los algerinos se aprovecharon de la mala posición de los cristianos, y estos, viendo desaparecer sus fuerzas ya bajo la espada de sus enemigos, ya bajo las contrariedades de la naturaleza, se tuvieron por felices con poder reembarcar los cortos restos de tan desgraciada expedición.

Interin había durado la paz con Francisco, éste y Carlos se habían mostrado una confianza y amistad caballerescas, por la que el rey de Francia esperaba, como se lo había dejado entender el emperador, que le concedería el ducado de Milan. Sin embargo, le rehusó la investidura, y esto dió motivo á una cuarta guerra que estalló con ocasión del asesinato de unos embajadores franceses en Milan.

Esta guerra abrazó mayor extensión que ninguna de las que le habían precedido. Francisco renovó sus tratados con el gran señor y la república de Venecia, y los hizo nuevos con los reyes de Suecia y Dinamarca, aunque estos de poco le sirvieron. Carlos por otra parte se alió con Inglaterra. Cinco ejércitos franceses se hallaron al mando de diversos generales y con diferentes destinos; mas esta gran guerra no tuvo acontecimiento importante mas que la batalla de Cerisoles, ganada por los franceses al mando del duque de Enghien sobre los imperiales: 10.000 de estos se dice que quedaron en el campo; pero la victoria fué poco útil al vencedor. Después de mucho derramamiento de sangre y muchas calamidades para ambas partes, arreglaron finalmente la paz de Crespi. En ella se procuró transigir sobre los puntos disputados, especialmente sobre Italia, Borgoña y Flandes, y Artois, se convino en que los dos monarcas unieran sus armas contra los turcos. Pero después murieron, Enrique en Inglaterra, y Francisco en Francia.

Los negocios de Alemania ocuparon ahora al emperador: la reforma de Lutero había ido propagándose allí, y los príncipes, que habían abrazado las nuevas opiniones, habían formado por segunda vez una liga en Smalcalda, para sostenerla y defender las libertades del cuerpo germánico, que se decían invadidas por el emperador, á la vez que éste tenía por rebeldes á los de la liga. Cuando la paz de Crespi, el monarca se encontró espedito para hacer frente á los confederados, y esta confederación por otra parte abrigaba los gérmenes de ruina que pueden afectar á un cuerpo de esta clase; además de su escasez de recursos, los miembros de ella no tenían perfecta unión.

Algunos príncipes protestantes habían permanecido neutrales, y entre ellos se contaba Mauricio, marqués de Misnia, y Thuringia de

la casa de Sajonia. Era un príncipe valiente, ambicioso y de grandes talentos políticos, y después de muchas conferencias, los ministros del emperador lograron ganarle á su partido ofreciéndole el ducado de Sajonia, cuyo elector, pariente y benefactor de Mauricio, era uno de los principales miembros de la liga. Al marchar al campo de los confederados, el elector puso sus dominios bajo la protección de Mauricio, y éste apenas recibió la orden del emperador que proseguía al duque, cuando se apoderó de los estados de su pariente, que estaba encargado de defender. Cuando el elector recibió la noticia, quiso volver á sus estados á defenderlos, y la liga se debilitó así por la separación de sus miembros: algunos, creyendo confiarse la benevolencia de Carlos con su prontitud en abandonar la liga, lo hicieron lo mas pronto que pudieron y se disolvió esta confederación.

Entre tanto, el elector, no solo había recobrado sus dominios, sino que había invadido á Misnia, y Mauricio, obligado á ceder el campo á fuerzas superiores, se había encerrado en su capital, donde se encontraba en situación apurada. Aunque solicitaba con instancia los socorros del emperador, éste no podía dárselos con prontitud, estando ocupando sus tropas en guarnecer las ciudades rebeldes que capitulaban, y viendo debilitado su ejército por la partida de algunas de sus divisiones y temores de que Francisco, que aun vivía, le hiciese nueva guerra. La muerte de éste vino á librar de recelos á Carlos, y entonces marchó á Sajonia á la cabeza de 16.000 hombres.

Mauricio había tenido el arte de ganar tiempo por medio de una falsa negociación con su pariente, y aunque las fuerzas de éste eran superiores á las del emperador, estaban divididas, y Carlos no le dejó tiempo de reunirlas. Atacó en Mülhausen el cuerpo principal que mandaba el elector, y le derrotó, tomando prisionero al mismo elector. Al momento marchó á la capital, que esperaba se le rindiese; pero Sibila de Cleves, esposa del duque, hizo una valiente resistencia: entonces Carlos, esperando que se rendiría viendo en peligro la vida de su hijo, le hizo condenar á muerte por un consejo de guerra, y esto tuvo el efecto que se había prometido, pues se verificó un convenio por el que el duque resignó su dignidad electoral, entregó su capital á las tropas imperiales, y quedó prisionero de Carlos, que no solo le ofreció salvarle la vida, sino un estado considerable á él y á su descendencia en la ciudad de Gotha. Los estados del vencido pasaron inmediatamente á Mauricio. El landgrave de Hesse, otro de los príncipes mas poderosos de la liga, se entregó el mismo al emperador habiéndose

constituido responsables por su libertad, Mauricio que era su yerno, y el elector de Brandeburgo; pero no obstante las importunaciones de estos, Carlos le mantuvo prisionero y comenzó así á disgustar á sus partidarios.

Carlos triunfante oprimió á todo el imperio, y su hermano Fernando, que tiranizaba por su parte, aumentó el descontento. La traslación y suspensión del concilio de Trento, y la necesidad de arreglar los puntos religiosos, hicieron que el emperador mandase redactar por algunos teólogos, un arreglo sobre los negocios eclesiásticos, que fué aprobado en la dieta de Augsburgo, y que se mandó observar, con repugnancia general, así de los reformistas como de los romanos; y que los otros creyeron ser un atentado que la autoridad civil arreglase los puntos religiosos: como este decreto era provisional, fué conocido con el nombre de *Interim*. Muchas ciudades del imperio resistieron; fué necesario imponerles la ley á viva fuerza, y hacerles sufrir castigos por su rebelión.

Carlos intentó entonces unir las dos coronas, la de España; y la de Alemania en su hijo Felipe; pero sus tentativas fueron vanas, y solo sirrieron para indisponer mas á los alemanes: el concilio de Trento continuaba sus sesiones é iba condenando todos los dogmas de los protestantes. El emperador, que sostenía á los católicos, mandaba á los protestantes enseñar la doctrina del concilio, y si se negaban les desterraba y ponía católicos en los beneficios de que les despojaba, obligando al pueblo á recibir la administración eclesiástica de pastores, á quienes miraba como idólatras y usurpadores.

Aunque Mauricio había protegido el bando del emperador, resentido ahora así por las providencias religiosas, como por las que afectaban á la libertad política del cuerpo germánico, del que el mismo era parte ya, y por las relativas á la prision del Landgrave su suegro, entró en una liga contra el emperador, en la que estaba Enrique II rey de Francia. Mas para evitar el escándalo de que un rey católico favoreciese á los protestantes, nada se habló de este punto en el tratado, y solo se dijo que Enrique era el protector de las libertades de Alemania, y de sus príncipes prisioneros. La coalición, y Mauricio sin dejarse distraer por negociaciones que promovió el emperador, marchó derecho á Inspruch donde éste se hallaba esperando sorprenderle; pero Carlos informado á tiempo escapó de la ciudad pocas horas antes, saliendo en una litera, á pesar de estar le debía caminar de otro modo, á pesar de estar la noche oscura y lluviosa. De este modo atravesó los Alpes, y Mauricio cuando entró en Inspruch, se halló que su press, con la que con-

taba con seguridad, se le había escapado; y aunque mandó perseguirle fué en vano, pues no pudo darle alcance, y Carlos llegó á Villach, donde permaneció algun tiempo.

En Pasau se celebró una asamblea, á la que concurren Mauricio, el rey de romanos Fernando, hermano del emperador, y ministros enviados á propósito por casi todos los electores. El emperador comenzó por desechar las proposiciones de esta asamblea, en vista de lo que el mismo acto puesto en libertad, y se debía reunir una dieta que entendiese en los puntos sobre que se decían violadas las libertades civiles del cuerpo germánico, y en el arreglo de los puntos religiosos; en el concepto de que los protestantes y católicos, obtendrían entre tanto libertad de conciencia é iguales privilegios.

Mientras esto pasaba en Alemania, las fuerzas francesas ocupaban á Metz, Toul y Verdun, que formaban la frontera del imperio por el lado de Francia, y ahora en poder de los franceses cubrían la frontera de Champaña; tan breve pues, como Carlos terminó su convenio con Mauricio, hizo una tentativa para recobrar estas plazas; pero fué infructuosa, y solo logró perder en ellas 30.000 hombres, sitiando al duque de Guisa. Cuando los imperiales al fin se vieron precisados á levantar el sitio, lo hicieron dejando en el campo, y en el camino por donde se retiraban, multitud de enfermos y de heridos, á quienes no podían prestar socorro alridos, á quienes no podían prestar socorro alridos. Pero el duque de Guisa que había salido á molestar la retaguardia del emperador, cuando encontró esta multitud de miserables, los mandó recoger, y prestar todos los auxilios correspondientes.

En Italia tambien era desgraciado en aquellos dias el emperador; se había visto precisado á dar en prendas el territorio de Piombino por una cantidad de dinero que no había podido obtener de otro modo, y en consecuencia esta revolución en Siena la guarnición española fué echada de allí y el emperador perdió esta ciudad. La severa administración del virey de Nápoles, había propagado el descontento en este reino, y el monarca francés á quien habían solicitado los descontentos en su apoyo, hizo está mandó una escuadra á las costas de Italia: por no haber estado pronta la francesa con la que debía unirse, no emprendió cosa considerable; pero saqué y quemó muchas poblaciones de la costa, y causó grau terror á los napolitanos.

Por esta misma época se formó otra liga en-



tre los príncipes alemanes, contra Alberto de Brandenburgo, y este acontecimiento no merecería mencionarse, sin la batalla dada por Alberto á Mauricio de Sajonia, en la que aunque las tropas del duque triunfaron, este pereció, concluyendo así la carrera de un capitán distinguido por sus prendas personales. El resto del reinado del emperador, fué una alternativa de buena y mala fortuna en sus campañas de Italia y los Países-Bajos, aunque al fin logró recobrar su antigua superioridad, y los franceses fueron repetidamente derrotados por las tropas imperiales, aunque en encuentros que no eran decisivos. El acontecimiento mas importante es la dieta de Augsburgo.

Gozando paz la Alemania se pensó en convocarla para arreglar los puntos pendientes en la paz de Pasau, especialmente los religiosos, y en ella se acordó, que los príncipes y ciudades que se habian declarado por la confesion de Augsburgo, serian libres para profesar la fe que el culto que ella autorizaba; que los prelados papistas no ejercerian jurisdiccion en estas ciudades, ni los protestantes molestarían á los que quedaban adheridos á la iglesia romana; que no se intentaría terminar las diferencias religiosas sino por el convencimiento; que el poder civil sería arbitrario para establecer en su territorio el culto que le pareciese, pero permitiría á los descontentos retirarse con todos sus bienes; que los beneficios y rentas eclesiásticas se mantendrían en el estado que estaban á la paz de Pasau, de manera que si un beneficiado católico abrazaba la nueva religion perdería el beneficio, y podría proveerse por los católicos en otro en la forma legal. Los protestantes quedaron satisfechos, mas no el pontífice, y el resentimiento que conservó contra Carlos, le hizo entrar en una alianza con el rey de Francia.

En estas circunstancias sobrevino un acontecimiento que asombró á la Europa. Carlos reunió los estados de los Países-Bajos, y en ellos con gran solemnidad renunció la soberanía en su hijo Felipe. Hizo una relacion de sus trabajos y sus glorias sin ostentacion, y concluyó manifestando que en el discurso de su reinado habia estado en Alemania nueve veces, en España seis, en Francia cuatro, en Italia siete, en los Países-Bajos diez, en Inglaterra dos, y otras tantas en Africa; y que ahora que sus enfermedades no le permitian sostener el cetro, lo confiaba á manos mas fuertes, y tan hábiles como las suyas; recomendó á su hijo la felicidad de sus pueblos, y marchó á resignar igualmente la soberanía de Alemania en su hermano Fernando, antes electo rey de romanos, y la de España en su mismo hijo Felipe.

El hombre que por cerca de medio siglo habia tenido fijos sobre sí los ojos de la Europa,

y cuyos intereses la habian agitado por tanto tiempo, se retiró ahora á la obscuridad de un monasterio, donde vivió algun tiempo sin fasto, y murió entre ejercicios de piedad.

Abril 25 de 1844.

### LA FLOR SECA.

AHORA nada ha quedado; no hay mas que unas cuantas hojas secas sin forma, ni belleza, ni olor; un tallo marchito que se inclina, una flor seca que caerá finalmente en el suelo para que el viento esparza sus hojillas, y las arrastre á la nada. ¡Ah! pero esa flor fué la pompa, la gala del jardín donde crecía; esa flor, medida en una mañana por las dulces auras de la primavera, era la envidia de todas las otras flores; el amor de los colibris, la delicia de cuantos la miraban. ¡Ya se ve, era tan hermosa! Sus néctares hojillas eran aterciopeladas, sus pistilos de oro, y su corola delicada, trasparente, de una belleza inesplicable. ¡Oh! ningún pájaro, ni aun las abejas habian podido libar el néctar de su cáliz. . . . Así ufana y tranquila meciéndose á impulsos de las brisas y esparciendo sus perfumes, creía la descuidada flor que la vida era una continuada primavera, y un festín no interrumpido. Orgullosa con que los mas lindos colibris vivirían á suspenderse sobre su cáliz, agitando sus aullas de oro; con que los mas soberbios y galanes gilgueros viniesen á eschalar en su ramaje avergonzadas al mirarla, no pensaba que los huracanes del otoño podian arrebatarla, y que el fin de su vida era el invierno. Cambió en efecto la estacion, y diariamente la flor perdía un atractivo; el color de sus hojas se opacaba, sus pistilos no brillaban, su cáliz no encerraba néctar, su corola no eshalaba aromas. . . . Y la pobre flor miraba con desesperacion que las colibris no venian, que los gilgueros no le cantaban, que las otras flores se levantaban contentas y se burlaban de ella.

La flor se secó al fin, y caerá finalmente en el suelo: el huracan arrastrará sus hojillas á la nada! . . .

¡Pobre flor! ¡Pobre muger! que tambien se marchita, tambien se seca, tambien el huracan de la muerte la conduce á la tumba. . . . á la nada! — M. PAYNO.

La libertad, lo mismo que la luz, son dos cosas necesarias para la vida del hombre, y puede observarse que bajo los trópicos se encuentra mas libertad que en los climas del Norte, adonde hay mas tiranía al peso que disminuye la presencia del sol.—Mery.

### DOCUMENTO HISTORICO.

**MANIFIESTO que el Sr. D. Miguel Hidalgo y Costilla, generalísimo de las armas americanas, y electo por la mayor parte de los pueblos del reino para defender sus derechos y los de sus conciudadanos, hace al pueblo.**

ME veo en la triste necesidad de satisfacer á las gentes sobre un punto en que nunca creí se me pudiese faltar, ni menos declarármese sospechoso para mis compatriotas. Hablo de la cosa mas interesante, mas sagrada, y para mí la mas amable: de la religion santa, de la fe sobrenatural que recibí en el bautismo.

Os juro desde luego, amados conciudadanos míos, que jamas me he apartado, ni en un ápice, de la creencia de la santa Iglesia católica: jamas he dudado de ninguna de sus verdades; siempre he estado íntimamente convencido de la infalibilidad de sus dogmas, y estoy pronto á derramar mi sangre en defensa de todos y cada uno de ellos.

Testigos de esta protesta son los feligreses de Dolores y de San Felipe, á quienes continuamente esplicaba las terribles penas que sufren los condenados en el infierno, á quienes procuraba inspirar horror á los vicios y amor á la virtud, para que no quedaran envueltos en la desgraciada suerte de los que mueren en pecado: testigos donde he vivido y el ejército todo que comando.

¡Pero para qué testigos sobre un hecho á imputacion que ella misma manifiesta su falsedad! Se me acusa de que niego la existencia del infierno, y un poco antes se me hace cargo de haber asentado que algun pontífice de los canonizados por santo está en este lugar, cómo, pues, conecordar que un pontífice está en el infierno, negando la existencia de éste?

Se me imputa tambien el haber negado la autenticidad de los Sagrados Libros, y se me acusa de seguir los perversos dogmas de Lutero: si Lutero deduce sus errores de los libros que cree inspirados por Dios, cómo el que niega esta inspiracion sostendrá los suyos deducidos de los mismos libros que tiene por fabulosos! Del mismo modo son todas las acusaciones.

¡Os persuadiriais, americanos, que un tribunal tan respetable, y cuyo instituto es el mas santo, se dejase arrastrar del amor del paisanage, hasta prostituir su honor y su reputacion! Estad ciertos, amados conciudadanos míos, que

si no hubiese emprendido libertar nuestro reino de los grandes males que le oprimian, y de los mucho mayores que le amenazaban, y que por instantes iban á caer sobre él, jamas hubiera sido yo acusado de herege.

Todos mis delitos traen su origen del deseo de vuestra felicidad: si éste no me hubiese hecho tomar las armas, yo disfrutaria una vida dulce, suave y tranquila; yo pasaria por verdadero católico, como lo soy, y me lisongo de serlo; jamas habria habido quien se atreviese á denigrarme con la infame nota de heregía.

¡Pero de qué medio se habian de valer los espáñoles europeos, en cuyas opresoras manos estaba nuestra suerte! La empresa era demasiado árdua: la nacion, que tanto tiempo estuvo atargada, despierta repentinamente de su sueño á la dulce voz de libertad; corren apresurados los pueblos y toman las armas para sostenerla á toda costa.

Los opresores no tienen armas ni gentes para obligarnos con la fuerza á seguir en la horrosa esclavitud á que nos tenían condenados. ¡Pues qué recurso les quedaba! Valerse de toda especie de medios, por injustos, ilícitos y torpes que fuesen, con tal que condujeran á sostener su despotismo y la opresion de la América; abandonan hasta la última reliquia de honradez y hombría de bien; se prostituyen las autoridades mas respetables; procuran amedrentar á los incautos y aterrorizan á los ignorantes, para que espantados con el nombre de anatema, teman donde no hay motivo de temer.

¡Quién creería, amados conciudadanos, que llegase hasta este punto el descaño y atrevimiento de los cachupines! ¡Profanar las cosas mas sagradas para asegurar su intolerable dominacion! ¡Valerse de la misma religion santa para abaitarla y destruirla! ¡Usar de excomuniones contra toda la mente de la Iglesia, fulminarlas sin que inter venga motivo de religion!

Abrid los ojos, americanos; no os dejéis seducir de nuestros enemigos: ellos no son católicos sino por política; su dios es el dinero, y las conminaciones solo tienen por objeto la opresion.



¿Creis acaso que no puede ser verdadero católico el que no esté sujeto al déspota español? ¿De dónde nos ha venido este nuevo dogma, este nuevo artículo de fe? Abrid los ojos, vuelvo á decir; meditad sobre vuestros verdaderos intereses; de este precioso momento depende la felicidad ó infelicidad de vuestros hijos y de vuestra numerosa posteridad: son ciertamente incalculables, amados conciudadanos míos, los males á que quedais expuestos, si no aprovecháis este momento feliz que la Divina Providencia os ha puesto en las manos: no escuchéis las seductoras voces de vuestros enemigos, que bajo el velo de la religión, y de la amistad os quieren hacer víctimas de su insaciable codicia.

Os persuadís, amados conciudadanos, que los cachupines, hombres desnaturalizados, que han roto los mas estrechos vínculos de la sangre, se estremece la naturaleza! que abandonando á sus padres, á sus hermanos, á sus mugeres y á sus propios hijos, sean capaces de tener afectos de humanidad á otra persona? ¿Podréis tener con ellos algun enlace superior á los que la misma naturaleza puso en las relaciones de su familia? ¿No los atropellan todos por solo el interes de hacerse ricos en la América? Pues no creáis que unos hombres nutridos de estos sentimientos puedan mantener amistad sincera con nosotros: siempre que se les presente el vil interes, os sacrificarán con la misma frescura que han abandonado á sus propios padres.

¿Creéis que el atravesar inmensos mares, exponerse al hambre, á la desnudez, á los peligros de la vida, inseparables de la navegacion, lo han emprendido por venir á hacernos felices? Os engañais, americanos. ¿Abrazarian ellos ese cúmulo de trabajos por hacer dichosos á unos hombres que no conocen? El móvil de todas esas fatigas no es sino su sordida avaricia: ellos no han venido sino por despojarnos de nuestros bienes, por quitarnos nuestras tierras, por tenernos siempre avasallados bejo de sus piés.

Rompamos, americanos, estos lazos de ignominia con que nos han tenido ligados tanto tiempo: para conseguirlo, no necesitamos sino de unirnos. Si nosotros no peleamos contra nosotros mismos, la guerra está concluida y nuestros derechos á salvo. Unámonos, pues, todos los que hemos nacido en este dichoso suelo: veamos desde hoy como extranjeros y enemigos de nuestras prerogativas á todos los que no son americanos.

Establezcamos un congreso que se componga de representantes de todas las villas, ciudades y lugares de este reino, que teniendo por objeto principal mantener nuestra santa religion, dicte leyes suaves, benéficas y acomodadas á las circunstancias de cada pueblo: ellos entonces go-

bernarán con la dulzura de padres, nos tratarán como á sus hermanos, desterrarán la pobreza, moderando la devastacion del reino y la estraccion de su dinero; fomentarán las artes, se avivará la industria, haremos uso libre de las riquisimas producciones de nuestros feraces paisés; y á la vuelta de pocos años disfrutará su habitantes de todas las delicias que el Soberano Autor de la naturaleza ha derramado sobre este vasto continente.—*Miguel Hidalgo y Costilla.*

NOTA. Entre las resmas de proclamas que nos han venido de la península desde la irrupcion en ella de los franceses, no se letró ni una cuartilla de papel que contenga, ni aun indicada excomunion de algun prelado de aquellas partes contra los que abrazasen la causa de *Pepe Botella*, sin que nadie dude que en sus escritos y constitucion venian á destruir el cristianismo en España.

#### AL SEPULCRO DE LAURA.

VOLAD, tristísimos versos míos, hácia la cruel piedra que cubre al tesoro de mi corazón: allí alzad vuestra voz, y Laura os responderá desde lo alto del cielo, aunque sus despojos estén encerrados en esta oscura y fétida mansión.

Decidle, que estoy fastidiado de vivir y de navegar en estas ondas espantosas; pero que si go paso á paso sus huellas, recogiendo las hojas dispersas.

Decidle, que ya viva, ya muerta, ya inmortal como lo es á esta hora, es el único objeto que ha ocupado mi vida, y que quiero que todo el mundo la ame y la conozca.

Mi muerte está muy prócsima: decidle que sea piadosa, y que tal como está en el cielo, venga á mi encuentro, y me lleve á su lado eternamente.—*Petrarca.*

#### TEMPESTAD.

##### SONETO.

Por entre escollos, en mi intento ciego,  
Mi frágil nave en soledad perdida,  
Por los desiertos mares de la vida,  
Buscando un mundo, cual Colon, navego.

Mas no entre llanto sonará ni ruego,  
Aunque las sirtes del abismo mida,  
Aunque los aires lóbregos divida  
Con roja luz relámpago de fuego.

¡Ah! ¡qué me importa en la comun corriente  
Ir de otro mundo á la remota arena,  
Si alzo á las nubes mi tranquila frente?

Brille de orgullo mi bandera llena,  
Y entren las olas por el roto puente,  
Y cruja el viento en la quebrada entena.

Salvador Bermudes de Castro.



## RECUERDOS DE VIAGE.\*

## GRANADITAS.

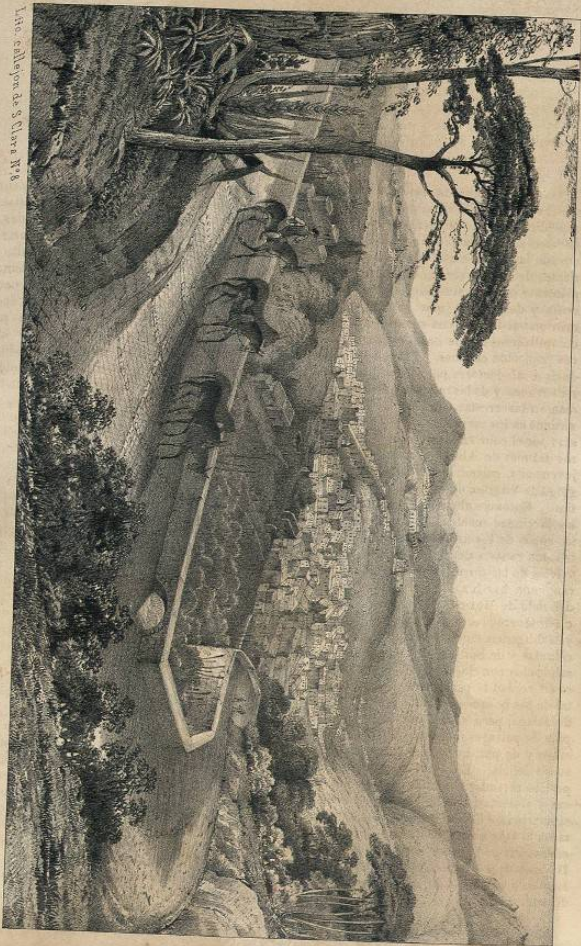
UNA de las jornadas mas deliciosas que pueden hacerse en diligencia por el interior de la república, es la de Querétaro á Guanajuato; entendiéndose esto en la buena estación del año, pues cuando las aguas están muy avanzadas, las vertientes de toda la serranía inundan lo que propiamente merece el nombre de bajo, y las cuarenta y dos leguas que hay de camino forman materialmente una sucesion de lagunas y de atoladeros donde es molestísimo y aun á veces imposible caminar. Pero no quiero conducir á mis lectores por en medio de los tristes nubarrones y de las recias tormentas que se forman en las crestas elevadas de los Andes mexicanos en los meses de Junio á Septiembre, sino por el contrario, en esos dias diáfanos y puros del mes de Abril, en que la naturaleza rejuvenecida, galana, y bellísima, parece una égloga de Virgilio, un canto de amor de La-Martinière. Entónces al entrar á Querétaro se percibe la ciudad meciéndose materialmente entre las copas de los árboles, y al salir se divisa como una canasta de flores, resplandeciendo las veletas de las torres y las cúpulas de los cimborios; con esa luz dorada, viva y trasparente del cielo de México. El camino á poca distancia de Querétaro, es perfectamente plano é igual, y la diligencia volando pasa por una sucesion de calzadas y de bosques de mesquite y huizache salpicados con flores y matas silvestres. No es en verdad la perspectiva voluptuosa y oriental de los bosques de liquidámbar y guayaba de Jalapa; pero sí una sucesion no interrumpida de paisajes tranquilos, de escenas de sosiego y de paz, que hacen gozar al alma de una suave delicia. En los bosques de Jalapa es preciso recordar el amor, las pasiones enérgicas y violentas, que hacen de la vida un sabroso martirio. En las llanuras del Bajo se medita en la vida quieta, en la paz doméstica, en la existencia profunda y silenciosa de los campos. De los plantíos de naranjos y plátanos de Jalapa cree uno ver salir una de esas jóvenes ardientes, de ojos negros y de sonrisa fascinada-

ra, que nos prometen con sus miradas y con su voz sonora, un mar de delicias, un paraíso en la tierra. En los valles estensos y verdes del Bajo cree uno ver vagar una de esas figuras páldas y resignadas de una madre de familia que tiene su amor en sus hijos y su pensamiento en Dios. Tales son las ideas que me han ocurrido cuando en diferentes situaciones y épocas de mi vida, me he visto por una ó otra parte metido en una diligencia, con compañeros absolutamente desconocidos y extraños, y reducido á encerrarme en mis propios pensamientos y á entretejer el cansancio del camino, con estas meditaciones interiores.

El Departamento de Guanajuato es uno de los mas ricos y mas hermosos de la república. La Providencia sin duda en un momento de buen humor sacudió sus manos sobre ese pequeño rincón de tierra, y cayó el oro y la plata en las montañas, y los gérmenes de vida en los valles y cañadas. Así el viagero ve una sucesion de sementeras de caña de maíz, y unos inmensos trigales que agitan sus espigas amarillas, y forman oleaje como un oceano, donde los granos producen hasta doscientos por uno, y observa que el limite de estas llanuras es la cordillera, atravesada toda como un cuerpo humano, de arterias de plata y oro. La agricultura y la minería se dan la mano: el minero y el labrador duermen en una misma cabaña. Esto es prodigioso y parece ya imposible aglomerar en un pequeño espacio de tierra mas elementos de vida y de prosperidad.

Luego que se ha pasado por el frondoso pueblito de Apaseo, que se ha visto el magnífico puente, y el bellissimo Carmen de Celaya, que se ha recorrido rápidamente á Irapuato, desaparecen las haciendas y las llanuras; el paisaje cambia totalmente. El carruaje va sobre los cerros, y delante se ven otros cerros altísimos y magestuosos. En el corazon de esas montañas está edificado Guanajuato, ó mas bien, incrustado en las peñas como un mosaico. Posada la cañada de Marfil, que es un verdadero

(\*) Este artículo no está bautizado con un nombre histórico; es simplemente un recuerdo de viage. Las fuentes de donde se ha tomado son las mismas que sirven á todo el que escribe algo que tenga relacion con la historia del país, es decir de los escritos del infatigable Lic. D. Carlos Bustamante, y de las narraciones de algunos testigos.



Lito. Talleres de S. Clara N.º 8

GUANAJUATO.



labyrintho, se entra á Guanajuato; pero Guanajuato no se ve hasta que se halla uno dentro de sus calles. Como me es forzoso por ahora abandonar la idea de describir la ciudad, y de dar razon de las minas y de las haciendas de plata, apelo á que los lectores echen una ojeada á la lámina que acompaña á este artículo, la cual les dará una idea de la situacion caprichosa, y singular de la ciudad, así como de la magestuosa y espesa serranía que la rodea, en cuya cima se halla la famosa Valenciana, Mellado, Rayas, la Luz y otras minas que han tenido bonanzas prodigiosas, y dignas de consignarse en los anales mineros.

La entrada de Guanajuato es por una calzada de piedra bien construida. A la izquierda se nota inmediatamente un estenso y bello edificio cuadrado, de gruesas paredes, altas almenas, y que por las cornisas y troneras que tiene, puede conocerse á primera vista que fué construido con el fin de que sirviera de fortaleza. En efecto, creo que la primera intencion fué esa; mas despues se dedicó á que sirviera de alhóndiga para encerrar los granos, y hoy tiene simplemente el prosaico nombre de fábrica de cigarros. Sea lo que fuere, fortaleza, alhóndiga ó fábrica de cigarros, Granaditas ha pasado ya al dominio de la historia, pues pasado dentro de este edificio algunos de los acontecimientos mas terribles que puedan citarse en la historia de la independencia de México.

El movimiento que comenzó en Dolores la noche del 16 de Septiembre de 1810 bajo la direccion de D. Miguel Hidalgo, se aumentó mas de lo que el gobierno español esperaba, y aun acaso sobrepujo á las esperanzas del mismo caudillo insurgente. El pueblo en esta ocasion, á semejanza de esas figuras fantasmagóricas que aparecen del tamaño de una mosca, y rápidamente toman una forma gigantesca, se presentó grande, imponente y terrible. El día 16 á las once de la noche, menos de una docena de hombres gritaron *libertad*, y el 19 habia delante de Guanajuato cerca de 20,000 hombres. Una vez que el dedo de Dios traza un camino á los acontecimientos, no está en el poder de los hombres volver atrás.

Dejenos por un momento esa masa de hombres desorganizados, y sin armamento ni disciplina; pero que se agitaba, rugia, lanzaba muerte y destrucción, como esas hidras fabulosas, y entremos un momento á Guanajuato.

Luego que cundió la noticia de la llegada del ejército insurgente, la conmocion fué grande; aquellas calles angostas y pendientes de Guanajuato, se llenaron de gente, que corría en todas direcciones, se atropellaban y preguntaban, temerosos cuál sería la suerte de la pobla-

cion. Muchos españoles que calcularon que las cosas no habian de pasar muy bien, tomaron su resolucion definitiva, y recogiendo parte de sus intereses y poniendo en seguridad el resto, se marcharon de la ciudad por los caminos no ocupados por las tropas insurgentes. Esta emigracion produjo una consternacion difícil de pintar; pero fué tan forzoso que quedaran los que no tenian posibilidad de huir, ó los que demasiado entusiasmados por la causa del rey creian en la victoria.

Por entonces el conflicto hubiera sido mucho mayor, si un hombre sobreponiéndose al peligro y aun á sus opiniones privadas é íntimas, no hubiera con su actividad y sangre fria asegurado medianamente á la ciudad. Este era el intendente Riaño, y del cual es forzoso hablar dos palabras. Riaño era uno de esos tipos raros, donde por una feliz concurrencia de circunstancias están reunidas las cualidades mas brillantes, tanto físicas, como morales. Hombre de instruccion, de experiencia y de buen juicio, comprendia perfectamente que los pueblos, como las familias, es forzoso que trascurriendo un número dado de años mas ó menos corto, se emancipen y formen otra sociedad. Esta reproduccion continua, esta indispensable formacion, es la que ha eriado las naciones y ha dividido al mundo en pequeñas porciones. Así, pues, en el fondo de su conciencia, no solo opinaba por la causa de la independencia, sino que calculaba, que una vez encendido el fuego, solo se apagaria con los escorbros y las ruinas del gobierno colonial; mas español y caballero, y leal ante todo, como esos soldados casi fabulosos é increíbles, que seguian á Gonzalo de Córdoba, en los momentos de peligro acalló la voz de su corazon, y no escuchando mas que el grito del deber, que como primer funcionario público le obligaba á defender al gobierno, se preparó á una obstinada resistencia, calculando que el resultado no podia ser otro sino sucumbir. Así sucedió, Riaño trazó el plan para edificar el fuerte de Granaditas, sin pensar que erigia su sepulcro. Siempre es un dolor que el destino reserve un fin trágico á esos hombres, que cualquiera que sea su creencia política son un modelo de honor y de virtudes. Mas volvamos á nuestra narracion.

Riaño con una actividad increíble mandó abrir fosos en las calles, construir trincheras, animó á los moradores ya decayidos y abatidos, y puso sobre las armas cuanta fuerza le fué posible. Ejecutadas estas medidas, en las que empleó tres dias y tres noches, sin dedicar ni una sola al descanso, pasó revista á sus tropas, y aguardó mas tranquilo los acontecimientos. Una circunstancia vino á alarmar al jefe y á los propietarios. Pensaron, y racionalmente, que la

fuerza era muy corta para defender la ciudad, y que en este concepto las tropas insurgentes se derramarían por algunas calles, entregándose á la matanza y al saqueo. La cosa era urgente; así es, que despues de un largo debate entre los personajes de mas categoria y Riaño, se decidió que los caudales del gobierno y los de los particulares que quisieran, se encerrarían en el fuerte de Granaditas, y allí la defensa se haria con éxito. La medida no hubiera sido nada del todo mala, si Granaditas no se hallara dominado por el cerro del Cuarto y otros edificios; pero como ya no era posible mas dilacion, se adoptó la medida que va referida. Inmediatamente comenzó á trasportarse dinero, plata y oro en pasta, banas de efectos preciosos, alhajas, ropa, y en una palabra, cuanto tenían de mas valor y estima los riquísimos comerciantes, mineros y propietarios de la ciudad. En los dias 25 y 26, una cadena no interrumpida de cargadores, estuvo entrando al fuerte y depositando los tesoros en las salas mas cómodas y seguras del edificio. Esta tarea concluida, ya que no habia mas tesoros que encerrar, se introdujo maíz y otros viveres, y los dueños con sus armas y municiones entraron en el edificio, cerraron con dobles cerrojos y con fuertes trancas las puertas y esperaron al enemigo.

Este no se hizo aguardar: en cuanto al pueblo no era difícil pensar lo que haria, tanto mas, cuanto que tambien tenia un caudillo estorzado que lo guiara. Este era un muchachillo de poco mas de 21 años, pelo rubio, ojos azules y fisonomía inteligente y pícarasca. Habia sido peon en las minas, y despues barretero; poseia como toda esta gente ocupada en recios y peligrosos trabajos, un grado de valor y de audacia casi prodigiosos. Luego que el cura Hidalgo se aproximó á Guanajuato, el atrevido muchacho salió á reconocer la clase y número de gente de que se componia el ejército invasor, y con aquel instinto natural que muchas veces excede á los cálculos de la ciencia y de la política, pensó que el negocio iba á ser funesto á los guanajuatenses. En consecuencia, el muchacho se dirigió á Mellado, allí tomó una tea, y descendiendo rápidamente por aquellas lobregas cavernas, comenzó á gritar: "¿fuera muchachos; ya tenemos independencia y libertad." Los barreteros no comprendian absolutamente el sentido de estas palabras; mas el muchacho les añadió: "que una vez entrado el cura Hidalgo, los tesoros encerrados en Granaditas serian del pueblo." Desde aquel momento no hubo mas que una voz: "¿fuera muchachos; á Granaditas." Aquellos hombres ya preparados á la furia y á la matanza, abandonaron sus trabajos, desoyeron la voz de los capataces y salieron de las minas

vociferando palabras de muerte y de exterminio. Algunas bandadas de hombres se dirigieron al cerro del Cuarto, al de San Miguel y á diversas alturas, y otros se despararon por las calles de Guanajuato y cercanías de Granaditas, formando grupos silenciosos y afectando una especie de indiferencia fría y terrible. Riaño, que habia contado con el auxilio de la plebe, miró con pavor estas masas de gentes que amenazaban con su silencio terrible, y se convenció que no tenia ya que esperar mas auxilio que el de Dios.

El 28 se presentaron como comisionados de Hidalgo, el coronel Camargo y el teniente coronel Abesolo. En la trinchera de la calle de Belen fueron detenidos, y habiendo manifestado el primero que deseaba entrar al fuerte y hablar verbalmente á Riaño, se le vendaron los ojos, y en esta forma se le condujo hasta la sala, donde reunida una especie de junta de guerra se discutia lo que sería conveniente resolver. Abesolo no quiso aguardar, y se retiró al campo insurgente.

—Estais en disposicion de hablar, señor coronel, dijo Riaño á Camargo con voz afable y serena: decid el objeto de vuestra comision.

Camargo sacó un pliego cerrado y sin contestar palabra lo entregó á Riaño; éste lo abrió, lo recorrió rápidamente con la vista, y luego volviéndose á los que componian la junta les dijo:—El cura Hidalgo me manifiesta, que habiéndose pronunciado por la libertad, un numeroso pueblo, lo sigue. . . . .

Un rumor sordo circuló entre los circunstantes: Riaño que lo advirtió prosiguió con calma:—Hidalgo quiere eviar la efusion de sangre, y nos amonesta para que nos rindamos, garantizando nuestras vidas y propiedades: leed.

El oficio se leyó en voz alta por un individuo; un silencio profundo sucedió; ni el alce de una mosea se escuchaba, y si acaso un tenue ruido que provenia del latido del corazon de aquellos hombres, cuyos rostros lividos y descompuestos, cuyas miradas tristes y descarriadas anunciaban que estaban poseidos de espanto y de pavor.

Riaño, que notó estos sentimientos, continuó con voz tan tranquila y dulce como si estuviera en una conversacion familiar:—Mi deber como magistrado me ha obligado á tomar algunas medidas de defensa; pero esto no quiere decir que vdes. deban sacrificarse á mis ideas, á mis caprichos. El ejército de Hidalgo puede ser muy numeroso; traerá sin duda artillería, y en este caso, la resistencia es inútil y pereceremos. . . .

—Es verdad, dijeron dos ó tres veces.

—En ese caso vale mas rendirse, que no hacer una necia resistencia. . . .

Hubo un silencio de algunos instantes, duran-



te los cuales, Riaño y Camargo cambiaron una mirada de alegría, hasta que una voz ronca y firme gritó:

—No: nada de capitulación; nada: *vencer ó morir*.

—Si, *vencer ó morir*, clamaron también los demás, animándose súbitamente....

—¿Con que estáis decididos? preguntó Riaño tristemente....

—Si, enteramente....

—Entonces, como español y como jefe, vereis que sé cumplir con mi deber. Una vez que sé vuestra opinión, no tendréis que quejáros de mí. Al decir esto sentóse en una mesa y escribió la contestación negativa, y levantándose la dió al coronel Camargo, sin que una sola facción de su rostro se alterara; sin que su voz perdiera ni su firmeza, ni su dulzura; sin que una sola de sus miradas pudiese revelar lo que pasaba dentro de aquel hombre que veía ya el sacrificio muy cercano.

—No habrá ya medio de allanar estas cosas mejor? dijo Camargo.

—Ninguno: esta gente no vuelve atrás, y yo no puedo tampoco hacerles mas instancias; dirían que soy un cobarde. Camargo fué llamado á almorzar en compañía de Iriarte y de algunos otros españoles; cuando hubo concluido, se dirigió á Riaño:

—Con que por fin....

—Está ya dada la respuesta, le dijo Riaño: pero añadid á Hidalgo, que á pesar de la desgraciada posición en que nos encontramos por la diferencia de nuestras opiniones, le agradezco en mi corazón su amistad, y acaso aceptaré mas tarde su protección y asilo.

Camargo y Riaño se estrecharon la mano: después vendaron los ojos al primero y lo condujeron así hasta afuera de la trinchera.

—Ahora, dijo Riaño con voz de trueno, y mirando que todos permanecían en la inacción, es menester defenderse; y pues no hay otro remedio, morir como buenos españoles. Inmediatamente dió sus disposiciones y formó á toda la tropa disciplinada en la plazoleta de la Alhóndiga; á los que tenían mejores armas los colocó en las troneras del edificio, y otra porción la destinó á la noria y azotea de la hacienda de Dolores que se comunicaba con Granaditas y dominaba la calzada.

En cuanto al ejército insurgente, luego que llegó Camargo con la contestación negativa, un solo grito se dejó oír, y fué el de "mueran los gachupines," y aquella masa enorme de hombres armados con picas, palos y machetes comenzó á moverse. Era una larga serpiente la que retorciéndose por los cerros y por el camino se dirigía á Granaditas. A la una del día ya la multitud había ocupado todas las alturas que

dominan á Guanajuato, y los sitiados podían oír los gritos de furor, que de vez en cuando lanzaban los enemigos, y ver las banderolas azules, amarillas y encarnadas, formadas con cascadas, y que eran los estandartes á cuyo rededor se agrupaba todo el populacho. Los españoles de la hacienda de Dolores dispararon algunos tiros y mataron á tres indios. Esta sangre fué como la chispa que necesitaba esta inmensa cantidad de combustible. Un clamor tremendo se escuchó, que fué reproduciéndose desde las cercanías del fuerte, hasta la vanguardia de los insurgentes, y una lluvia de piedras cayó inmediatamente sobre los sitiados.

El ejército se dividió en dos trozos; uno de ellos se dirigió al cerro del Cuatro y á las azoteas y alturas vecinas, y otro al cerro de San Miguel. Los grupos de barretcos que habían guardado inmóviles y silenciosos el principio de este sangriento festín, se levantaron como impulsados por una máquina y corrieron á reunirse con los insurgentes y hacer altísimas trincheras de piedras. Un trozo de caballería se dirigió á las prisiones, puso á los criminales en libertad, y recorriendo las calles, rompiendo puertas, y arrollando cuanto encontraba á su paso volvió finalmente aumentado con mucha plebe, al lugar del combate. A las dos de la tarde todo el pueblo de Guanajuato se había hecho insurgente: los únicos realistas eran los que estaban en la alhóndiga. En cuanto á las gentes temerosas y pacíficas, se habían encerrado en sus casas, asegurando las puertas con los colchones y trastos, y esperaban con la agonia en el corazón, el desenlace de este horrible drama.

Puede asegurarse que desde la conquista hasta hoy, el único movimiento verdaderamente popular que ha habido en México, es el de Guanajuato. Quiero que por un momento el lector se figure colocado en un punto dominante de Guanajuato y trasladándose con la imaginación al momento en que estos sucesos pasaban, contemple aquellas masas enormes de gente, gritando furiosas, conmoviéndose agitadas como las olas de un mar tempestuoso, cayendo en un profundo y momentáneo silencio, para tronar después de la explosión de las armas de fuego que disparaban los enemigos, como las nubes que con el contacto eléctrico, reventan lanzando mil rayos.....

En efecto, aquellas montañas se movían, aquellos edificios tenían voz, de aquellas profundas grotas salían aullidos horribles, aquellas calzadas prorrumpían agitarse, levantarse y estrecharse contra el punto defendido por españoles. Era los elementos, eran las materias inertes las que se animaban: eran los peñascos los que pretendían lanzarse solos en el aire y caer sobre los ene-

migos. Cualquiera que á sangre fría hubiera visto estas escenas, habriase creído presa de un vértigo, al contemplar una vision que tenía mucho de sobrenatural y de fantástico.... A las dos de la tarde, el ataque estaba en toda su fuerza: las descargas de piedras no cesaban, y continuamente se veía en el aire una nube de pequeños peñascos que caía en la azotea de Granaditas, como si los cerros hubieran estado haciendo una erupción. En cuanto á los sitiados no recibían mucho daño físico, por estar á cubierto en las troneras y bardas. De tiempo en tiempo se suspendía instantáneamente la lucha, y sitiados y sitiadores guardaban un silencio profundo: un casco de hierro de azogue hendía los aires, y caía sobre la multitud que se apartaba, se postraba en tierra; despues, cuando el frasco relleno de pólvora reventaba y hacia un estrago espantoso, rompiendo el crineo y los brazos y piernas de los desgraciados que estaban cerca, aquella masa infinita se oprimía, se lanzaba hasta las trincheras, arrojando alaridos de venganza. En estos momentos, los españoles aterrizados no tenían fuerza ni para mover el gatillo de sus fusiles. A poco, el ruidoso estruendo de la fusilería, los gritos y algazara se aumentaban de una manera tal, que se oía en todo Guanajuato. Riaño entre tanto, con la serenidad y sangre fría que lo caracterizaban, recorria los puntos de mayor peligro, animaba á los defensores del fuerte, y hacia escuchar su voz de trueno para dar sus disposiciones: su valor llegó al grado, que habiendo visto que un centinela había abandonado el puesto y dejado el fusil, lo tomó y comenzó á hacer fuego. Allí terminó la existencia de este leal español: una bala certera le atravesó la frente, y cayó moribundo y cubierto de sangre.

El cuerpo de Riaño fué conducido al interior del fuerte, y retirándose tambien la tropa sitiada en la plazoleta, cerraron la puerta y la atrincherraron cuanto fué posible. El hijo de Riaño estaba en el fuerte. Luego que vió el cuerpo de su padre desfigurado y cubierto de sangre, se arrojó á abrazarlo, lo regó con sus lágrimas y eshaló las mas dolorosas quejas, y luego acometido de un furor inaudito quiso esprimirse una pistola en el cráneo.

—¿Qué hacéis! le dijo uno: vale mas que antes de morir vengueis á nuestro padre. Cerca están los enemigos, id, la sangre y la matanza calmarán vuestro dolor.

—Decis bien, decis bien, contestó soltando la arma: necesito sangre, necesito venganza. Al acabar estas palabras se dirigió á la azotea, desde donde continuamente arrojaba frascos de azogue llenos de pólvora.

El generalísimo Hidalgo miraba pasmado esta conmocion horrible del pueblo, en que to-

das las pasiones hervían, ardientes ó imponentes en los corazones, y conocía que no podían concluirse estas escenas sino con la toma del fuerte; así dirigiéndose al leperillo vivarache de que se ha hablado al principio le dijo:

—Seria bueno quemar la puerta de la Alhóndiga, Pipila.

—Ya se ve que sí, contestó el muchacho, dejando asomar una sonrisa en sus labios.

—Pues la patria necesita de tu valor....

Pipila sin contestar una palabra, tomó una gran losa y poniéndola en sus espaldas, cogió una tea en las manos, y así se fué acercando á la puerta. Los espectadores contuvieron el resuello, y todos los ojos se fijaron en el atrevido muchacho. En cuanto á los del fuerte hicieron caer una lluvia de balas sobre Pipila; pero todas se estrellaban en la tea, de suerte que llegó á la puerta y arrojó la tea.

En este momento una bandera blanca flotó en lo alto de las almenas, y varias voces gritaron: "se han rendido; paz, paz;" pero algunos de los que guardaban la hacienda de Dolores, ignorando esto, hicieron fuego. Entonces un grito terrible de "traicion!" se hizo oír, y los insurgentes se agolparon á la puerta, que ya incendiada no tardó en arder y caer á pedazos.

Por en medio de las llamas, y de los escombros se precipitó el pueblo con puñales y hachas en la mano, y derramándose por patios, escaleras y salones comenzó á ejecutar una horrible matanza. Unos se defendían obstinadamente, otros abrazados de las rodillas de algunos sacerdotes pedían á Dios misericordia, y sucumbían traspassados á hacer fuego. Allí terminaban la hacienda de Dolores, viendo que los enemigos habían destruido un puente de madera de la puerta falsa, se replugaron á la noria, y allí se defendieron desesperadamente; pero acosados y oprimidos por la multitud, tuvieron que sucumbir, arrojándose muchos en la noria.

A las cinco de la tarde un río de sangre corria por las escaleras y patios de Granaditas, y uno de los que había escapado, ocultándose debajo de los cadáveres. En cuanto á las riquezas que había encerradas, fácil es concebir lo que sucedería con ellas. En una hora desapareció el inmenso caudal aglomerado durante muchos años por los propietarios de Guanajuato.

En la noche toda esta multitud frenética, se desbandó por las calles y recorría con teas y puñales en la mano, saqueando las casas, sacando de las tiendas los barriles de licores y entregándose á todo género de excesos.

Hidalgo tuvo mucho trabajo para contener estos desórdenes con que se anunció la independencia de México. Como si el pueblo en aquella vez hubiera tanido presentes los tiempos primeros de la conquista, la matanza de Santiago y